



Hipertexto 2
Verano 2005
pp. 66-71

Literatura infantil desde la frontera: identidad cultural, didactismo y el placer de leer

Lidia Díaz

University of Texas at Brownsville

[Hipertexto](#)

No hay duda de que la literatura es la mejor expresión de una lengua, y es a través de literatura auténtica en sus diversas manifestaciones que el potencial creativo de una lengua se expresa plenamente.

Los niños y adolescentes deben tener acceso a genuinas expresiones de su cultura y de la cultura universal. Y para que realmente sea significativa, su educación requiere que se incluya lo mejor de aquella escritura que se ha creado específicamente para ellos, en la lengua que heredaron; una literatura de alto nivel de calidad, rica y diversa, que ocupe un lugar central en su proceso de formación.

Se plantea en tal sentido la existencia de obvias dificultades para establecer criterios de selección que garanticen ese nivel de calidad en los textos infantiles, a lo cual se suma uno de los retos cruciales que asumen los escritores de nuestros tiempos: el de repensar la escritura sacudiéndose el moho de las convenciones y cuestionando los itinerarios con los que tradicionalmente se ha concebido a la literatura infantil.

Ardua labor: el valiente escritor que reivindica genuinamente el acto de escribir para el niño hispanohablante, ha de competir con la proliferación desleal de textos traducidos de otras lenguas, ha de superar la edulcorada pátina de ñoñería que enaniza la literatura, ha de neutralizar el oxidado hábito de reducirla a ser mero instrumento de moralinas y recetas pedagogizantes y empobrecedoras, ha de constituirse en caballero andante que batalla en el campo nada infantil de las cruzadas de la industria editorial y las redes de consumo. Y este último factor, el de la comercialización de los textos para niños, repercute directamente no sólo en las condiciones de producción discursiva, sino también en los niveles de recepción, ineludiblemente afectados por el poder del mercado. De estas estrategias comerciales se derivan

recomendaciones de lectura motivadas en realidad por el éxito de ventas, cuyos móviles nada tienen que ver con cuestiones literarias o estéticas.

La cuestión de los criterios de selección también se ven afectados por cómo se aborda la literatura infantil en la escuela; es indudable que ésta tiene una gran responsabilidad en asegurar que cada niño sea expuesto a la mejor literatura, y que estos libros estén accesibles para el lector, ya que en nuestro medio –y en muchos otros- si se espera que el placer de leer sea inculcado en el hogar, provisto por los padres, muchos niños seguirán careciendo de igualdad de oportunidades. Esta realidad se ve reforzada por el hecho de que además de otras dolencias de las que en su trayectoria ha padecido la literatura infantil, los niños hispanos en los EE.UU. suelen ver que su cultura, o la de sus padres y abuelos, particularmente en sus aspectos creativos y de representación, parece haber sido invisible para los medios de comunicación de masas y para quienes toman las decisiones dentro del currículum escolar. Difícilmente los niños hispanos puedan apreciar representaciones de su cultura que no caigan en burdas generalizaciones que ignoran en los libros su vastedad y riqueza. Y tanto el hecho de silenciar la cultura como el de presentarla de una manera simplista y estereotipada, erosionan la autoestima del lector y lo privan del orgullo de sentirse parte de creadores que se proponen reivindicarla para él.

Pero no ayuda pensar que porque es insuficiente lo que hay en una literatura infantil que aborde con justicia la hispanidad, cualquier cosa que trate sobre ella amerita ser publicada. Tampoco ayuda publicar algo sólo porque su autor viene de la cultura hispana, sin reclamar del texto las mismas exigencias de calidad y nivel artístico-literario que se espera en otros casos.

No cabe duda de que es importante que la gente de cada cultura se escriba a sí misma, De lo contrario, existe el riesgo de que terminemos creyendo que debemos mirar, pensar y sentir como los otros de fuera de la cultura nos interpretan. Por ello, facilitar el encuentro de los niños con buena literatura escrita originalmente en español les hace honor a ellos, a sus familias y a sus comunidades, al mismo tiempo que les provee de modelos significativos.

Se desprende de lo antedicho la necesidad de reflexionar sobre los mecanismos con los que tradicionalmente se han construido los textos para niños en general, y, sobre todo, aquéllos en los que las temáticas tienen que ver con un mundo representado que, de alguna manera, ya sea por vías realistas o fantásticas, se conecta con el mundo extratextual del lector. En el presente caso, hacemos referencia a cuestiones relativas a su identidad social, cultural y lingüística, buscando un tratamiento que no peque ni de trivialización ni de adoctrinamiento, y, que, sobre todo, preserve el objetivo esencial de activar en el lector el placer de leer.

La literatura infantil toma un rumbo peculiar y ensombrecedor cuando se la mira desde la perspectiva de su “utilidad” o de sus “servicios aleccionadores”. Esta perspectiva obedece a la anquilosada concepción de la lectura como instrumento “edificante”, que enseña los ideales “virtuosos” como único propósito del acto de leer, y que lamentablemente ha prevalecido por tantos años en la literatura infantil, sobre todo aquella que habita en el espacio escolar. El

discurso didáctico, en su utilitarismo, subordina lo literario a la ejemplificación de pautas que, apuntando a la imposición de moralejas, desbarata el placer del niño lector por el texto, en sus niveles de gratuidad, experiencia lúdica y transgresión creativa.

En el otro extremo, se ubica toda una corriente de la literatura infantil que –también tristemente popularizada en el salón de clases– refleja una rousseauniana actitud proteccionista en el intento de construir para los niños un universo celestialmente manipulado, por el que se cuelan, como lo dijera Marc Soriano, peligrosas vetas de dogmas disfrazados de ingenuidad. Una ingenuidad que en realidad no es nada ingenua, toda vez que responde a un plan premeditado que mediante cursilerías y facilismos supuestamente intenta preservar a la niñez de sobresaltos, apelando a mundos narrativos que garantizan una lectura inodora, incolora e insípida.

Es necesario, entonces, al momento de plantearse la problemática clave de cómo escoger textos para niños que sean superadores de ambos extremos, estar alertas para no caer en la falsa antinomia que mayormente ha dominado los criterios de selección:

- a) por un lado, el moralismo didacticista, encasillado en fórmulas predeterminadas del “deber ser” impuestas por la voluntad de formar el ciudadano modelo.
- b) por el otro, la escritura que, por no ser prescriptiva, y aduciendo como su finalidad divertir al lector, recurre a un facilismo frívolo y superficial, ignorando la base de valores que se supone subyace a la producción de textos infantiles.

En este sentido, es importante observar que, además de encarar tal problemática, la literatura infantil escrita en español irrumpe en los Estados Unidos a través de un proceso largo y dificultoso. Primero, fue el factor lenguaje, porque las casas editoriales estadounidenses no veían la necesidad de publicar libros infantiles en otras lenguas. La literatura infantil hispana comienza a madurar, según estudios realizados por la escritora cubana Alma Flor Ada, en la década de los '90. Y a partir de allí surgen numerosas voces de escritores alineados en las filas de una literatura infantil que reivindica firmemente la hispanidad, pero lo hace construyendo textos que van más allá de una afiliación polarizada entre las típicas representaciones bobaliconas que abundan en los circuitos comerciales y las clásicas posturas dirigistas del pedagogismo tradicional.

Se trata de propuestas que apuntan, sí, a nutrir la autoestima del lector hispano, pero ofreciéndole textos que a la vez que aportan a un proceso concientizador sobre su identidad cultural, lo embarcan en una experiencia ético-estética que incentiva en él el operativo de leer por placer, y no simplemente para reafirmar su sentido de pertenencia étnico-social. El producto resultante son textos que ya no se circunscriben, como solían hacerlo, a ser muestra de costumbres y tradiciones, comidas y celebraciones, que con una visión folklórica reduccionista, a veces hasta ofensiva, y casi siempre limitada, eran instrumentos de información “cultural” pero carecían de los requisitos básicos de la estética literaria.

Esta falta de imaginación y originalidad se hace extensiva también a aquellos productos literarios en los que la presencia de la cultura hispana padece de otro de los vicios comunes, y que refiere al discurso de la autoconmiseración: aquella escritura que al narrar a la América hispana se solaza en perpetuar el halo marginal de un mundo narrado que pareciera haberse congelado en el tiempo, esquemático y estático, casi siempre rural, con personajes poco elaborados, y demasiado aferrado a un sentimentalismo reaccionario y sin atractivos literarios.

A este panorama se opone, como se mencionó anteriormente, la propuesta de una literatura infantil que aunque lenta y escatimadamente, va afirmando su presencia con nuevas formas de narrar la experiencia fronteriza. Aportes que retando conservadurismos estilísticos y temáticos llega en la voz de autores de Texas, California o Nuevo México. A modo de ejemplo podemos mencionar, entre otros, a Pat Mora, con *El desierto es mi madre*, que propone una visión no tradicional del desierto; a Ofelia Dumas Lachtman, con *Pepita habla dos veces*, donde la protagonista asume el papel de traductora e intérprete para los miembros de su familia; a Luis Arturo Ramos, con *Blanca pluma o Zili, el unicornio*, entre otros cuentos, quien con magnífica maestría propone mundos fantásticos que alimentan con eficacia la imaginación del lector escapando a la mimetización de su mundo extratextual. Desde California surge la propuesta de Ernesto Galarza, con *Mother Goose en el Río Grande*, cuyos cuentos narran especialmente la realidad bilingüe y bicultural de la región, o Juan Felipe Herrera, con *El niño de cabeza*, que en edición bilingüe recrea la experiencia inmigrante a través de la mirada de un niño de 8 años, especialmente la aventura de apropiarse de una lengua distinta. O los cuentos de Rosa Zubizarreta, que *Con un nuevo comienzo*, el protagonista, también un niño inmigrante, comparte con el lector sus miedos, sus asombros y sus descubrimientos en esta nueva tierra que en la que le tocó vivir.

Se trata de promisorias propuestas que, con saludables dosis de humor y sin irritantes moralejas, inauguran una nueva forma de aproximarse a la experiencia hispana.

En relación con este fenómeno, surge otro punto de reflexión, del cual me hago eco compartiendo la preocupación de algunos de los escritores mencionados. Mucha de la producción de literatura infantil que tiene lugar en “la frontera”, hace referencia a espacios narrativos que funcionan como tales casi de manera unilateral, ya que la mayor parte de lo que se escribe con la frontera en mente tiene lugar de este lado del río, pero con la mirada aferrada al otro lado, desde donde lo poco que hasta ahora se ha publicado, no cae en el cliché nostálgico ni en la necesidad de que a fuerza haya que referirse a una reivindicación lingüística o cultural explícita.

En tal sentido, cabría preguntarse cómo se circunscribe nuestro espacio de reflexión: ¿cuáles son los alcances del concepto de frontera? ¿Tampico es frontera? ¿San Antonio es frontera? Indudablemente ambas ciudades pertenecen a estados fronterizos, pero, ¿hasta dónde entendemos el constructo de frontera?

Quizá en el caso de la literatura infantil, la frontera, tal como se la suele concebir, desdibuje sus bordes para ser pensada y escrita en términos más abarcativos, toda vez que esta “cicatriz”, como la define Carlos Fuentes, no se limita a ser bisagra sólo entre México y EE.UU. Si de la otredad se trata, quizá habría de abordarla como una otredad que, partiendo del Río Bravo se extiende hacia el sur y crece con las voces caribeñas, centroamericanas y sudamericanas; y entonces, prestando debida fidelidad al bagaje cultural del mundo hispanohablante se logre una mirada más global que le confiera al panorama literario para niños y adolescentes una representatividad menos parcial y más inclusiva.

Múltiples son las interrogantes en este camino en el que la literatura infantil escrita en español aún tiene tanto que andar. Y, afortunadamente, múltiples son los aportes de nuevos escritores que reivindican su hispanidad y su identidad fronteriza yendo al rescate de un espacio literario que propone al lector infantil una experiencia cultural estéticamente validada: espacio en el que se han de integrar la imaginación y el humor, la voluntad lúdica en el lenguaje, la audacia en la significación temática. La presencia reivindicada de nuestra lengua y nuestra cultura en los textos infantiles que se escriben desde la frontera no puede seguir anclada en reiterar las dolorosas experiencias del inmigrante, ni limitarse a reproducir las tradiciones culturales y folklóricas como si del otro lado del río la vida se hubiese congelado. Tampoco puede someterse a tratamientos pedagogizantes que aleccionan y prescriben.

La alternativa es una escritura innovadora que integre las trayectorias históricas y culturales de nuestros pueblos con los caminos contemporáneos del progreso y la vida actual. Tal vez así se logre movilizar en el lector joven el interés genuino por la lectura y la apreciación estética, sin que ni un afán didacticista, ni un tradicionalismo encasillador contaminen el texto de fines extraliterarios que enturbien el placer de leer.



Lidia Díaz, oriunda de Argentina, es profesora de literatura en la Universidad de Texas en Brownsville. Se especializa en Literatura Infantil en español, y ha publicado artículos en revistas especializadas nacionales e internacionales. Actualmente se encuentra finalizando un texto de Literatura Infantil para docentes

Obras consultadas

Ada, Alma Flor. *A Magical Encounter. Latino Children's Literature in the Classroom*. Second Edition. Pearson Education, Inc., 2003.

Day, Frances Ann. *Latina and Latino Voices in Literature for Children and Teenagers*. Heinemann. Portsmouth, 1997.

Soriano, Marc. *La literatura para niños y jóvenes*. Ediciones Colihue. Buenos Aires, 1995.